

Los Libros

OSVALDO VICUÑA LUCO A TRAVÉS DE SU CORRESPONDENCIA LITERARIA. Por *Fidel Araneda Bravo*.

Pocas veces la lectura de un libro chileno me subyugó tanto como éste de Osvaldo Vicuña Luco. Durante algunos días sentí cerca de mí el alma de un hombre puro, inteligente, sensible y fino, maestro en el manejo del idioma y dueño de una cultura universal y profunda.

Ramón Pérez de Ayala, en carta a la señora Inés Amunátegui de Vicuña, dice que «antes de haber comenzado a leer el libro lo predispuso en su favor el retrato (del autor) que figura al principio. ¡Qué hermosa cabeza de hombre de sensibilidad y de sutil penetrante inteligencia».

Confieso que a mí también me impresionó favorablemente el rostro apacible y fuerte de Osvaldo Vicuña: su frente amplia es como el nimbo protector de aquellos ojos claros y limpios, potentes focos en donde se refleja la luz de un rico entendimiento, esos labios gruesos y firmes denotan pureza y sensibilidad; de todo el conjunto de las facciones emerge la perspicacia de su talento agudo y la austeridad de su vida.

Esta correspondencia se lee con verdadera fruición; y al cerrar el volumen, uno comprende todo el dolor y la «contrariedad retrospectiva» que sintió el ensayista español, ya citado,

después que lo leyó, por no haber conocido a su autor «habiendo pasado tantas veces por Chile» (1). Para mí ese sentimiento ha sido mucho más hondo, porque había muchas circunstancias favorables que me hicieron posible conocerlo.

El señor Vicuña Luco, era un escritor apasionado por su vocación; y a semejanza de Flaubert, pensaba que la vida «no es soportable sino con alguna embriaguez» y «esa embriaguez sólo la encontré yo en las letras—dice él—. Si ellas llegan algún día a disgustarme, si pierdo esta insaciable curiosidad intelectual y esta ambición de saber, que me sostienen, la vida no tendrá ya para mí ningún sentido, carecerá en absoluto de objeto» (pág. 84).

«Ese amor a las letras, un amor absorbente e innato» (pág. 313) era una herencia, un patrimonio de familia; él mismo reconoce que su afición literaria es una herencia de sus mayores (pág. 313), y permítasenos una confidencia: esa embriaguez literaria es ancestral; aquel vino oloroso y suave de las letras alegra y reconforta a no pocos descendientes de don Bernardo Martínez de Luco y Ruiz de Azúa, vasco auténtico que se radicó en Chile, en la segunda mitad del siglo pasado; a numerosos vástagos suyos nos liga el doble vínculo de la sangre y de las inclinaciones literarias (2).

Entre los retoños de aquel viejo tronco de nuestra socie-

(1) Carta de Ramón Pérez de Ayala a la señora Inés Amunátegui de Vicuña, publicada en «El Mercurio».

(2) Son numerosos los descendientes de este gran señor castellano-vasco que han tenido y tienen afición por las letras, aun cuando algunos sólo las han cultivado y las cultivan en forma privada, sin hacer ostentación; para dar testimonio citaremos entre otros los nombres de: Ambrosio Montt Luco, Fernando Luco y León de la Barra, Augusto y Luis Orrego Luco, Antonio y Carlos Orrego Barros, Benjamín y Eugenio Orrego Vicuña, Juan Espejo Tapia, Vicente García-Huidobro Fernández, Ramón Briones Luco, Luis Briones Carvajal, Ramón Huidobro Gutiérrez, Ramón Ricardo Bravo y Bravo, Sergio Araneda Bravo y Ricardo García Rodríguez.

dad, Osvaldo Vicuña Luco es tal vez el más desconocido del grueso público chileno. La dolencia que lo atormentaba, desde niño, le impidió hacer su vida ordinaria; siempre se mantuvo aislado; y como estudió sólo dos o tres años de humanidades y no tuvo título universitario alguno, en un país tan amante de estas distinciones, fué un genuino autodidacta, en cuyos primeros estudios no hay otra influencia que la de su padre el grande humanista y poeta don Julio Vicuña Cifuentes. Fuera de esa modestia innata de la cual da testimonio cada página de su correspondencia, él creía que la carencia de estudios metódicos, no de títulos, le restaba autoridad, y como afirma con sencillez y máximo recato, al dedicarse a las letras—a conocerlas y si es posible a cultivarlas—hice yo previamente voto de humildad y voto de pobreza, como cumple a quien consagra su vida a esta suerte de insensata aunque sediente caballería» (pág. 297). Cuando Alone, por afinidad de ideas y de aficiones literarias, tal vez su mejor amigo y confidente, publicó en «La Nación» una carta de Vicuña, éste le escribía con espontánea ingenuidad. . . «Días después estuvo Max a verme, le hablé de su artículo acerca del libro de Subercaseaux, artículo que él ya conocía. Leílo yo otra vez—ahora en voz alta—y ambos lo celebramos mucho y lo comentamos detalladamente».

«Al día siguiente desperté con la idea de escribirle sobre el artículo. Mientras me afeitaba se me agolpaban en la cabeza muchas cosas que pensé decirle y que de seguro no acudirán ahora al llamado de la péñola. Abro «La Nación» por la parte de su suplemento dominical y, ¡qué veo!: párrafos de mi carta a L. puestos entre comillas, y antes y después de ellos, unas líneas tuyas, con palabras muy amables, muy benévolas y muy honrosas para mí. Usted va a sonreír de mi puerilidad, pero créame fué una emoción distinta de las que había experimentado hasta hoy, y en las que mezclaban la sorpresa, el halago y la gratitud».

«Por cierto que hizo usted muy bien en omitir mi nombre

en esta ocasión *Aparte* de que no merecía la pena, hay allí frases que llevando al pie una firma *desconocida* habrían tomado un aire de ridícula petulancia al aparecer estampadas en letras de molde; verbigracia, eso de decir crudamente, de rondón: no soy esto, ni aquello, ni de lo de más allá: ¡Cómo si al público fuera a importarle algo lo que pudiese ser yo» (págs. 244 y 245).

En treinta años fué acumulando un caudal de cultura y de buen gusto literario que pronto lo convirtió en un estético consumado, pero...era un avaro que a muy pocos mostraba esas riquezas, tenía su tesoro bien escondido, y muchos sólo ahora hemos podido descubrirlo con suma reverencia.

Tal vez se retraía porque le molestaban los traficantes de las letras que con cualquier pretexto se sienten obligados a publicar libros, artículos en diarios y revistas las materias más heterogéneas para lucir en forma cursi y pedante «lo poco y nada» que saben; tales individuos ni siquiera merecen el nombre de escritores, porque son escribidores; con más propiedad podría denominárseles astutos falsarios que conociendo bien la ignorancia, la incultura y el mal gusto del promedio general de los lectores, les acuñan monedas falsas y las ponen en circulación para sorprender a los incautos, que se quedan pasmados ante cualquier vulgaridad.

Oswaldo Vicuña sentía verdadera repulsión por todo lo grotesco, desde su juventud estaba desposado con la casta y celosa belleza, y habría considerado una verdadera profanación transigir con el mal gusto y la cursilería en literatura o en arte.

Su retraimiento e inclinación a la soledad le venían «como de perlas» para engolfarse en los puros e inefables goces de los placeres estéticos: cuando, forzado por compromisos, tenía que hacer vida social, sentía un hondo fastidio: «Dichoso tú—le escribía a Juan Gómez Millas—, que vives entregado por entero a la meditación, en medio de la soledad. Yo alterno la soledad,

con la sociedad, y veo que aquella sale perdiendo en su trato con ésta, a lo menos en resultados inmediatos. La sociedad, mujer artificial, frívola e insidiosa, desliza pérfidamente en los oídos de la soledad vanas inquietudes y cuidados pequeños, que turban ese aislamiento de la imaginación, sin el cual el aislamiento material no pasa de engañoso espejismo» (pág. 114).

Gustaba Osvaldo Vicuña del aislamiento voluntario, pero sentía también un vivo deseo de alternar con hombres inteligentes: «No es que me disguste la sociedad—le decía a su hermano Julio—al contrario. Sólo que la sociedad es para mí una reunión íntima de gente fina, inteligente y cordial, unida por un común amor a la cultura; interés, amor platónico, cuanto más no sea. Algo que encuentro en Santiago, en cuatro o cinco familias que frecuento y en cuyos hogares he vivido horas muy gratas, sintiéndome más ágil de espíritu, más animado que de ordinario, más seguro de mí mismo, a mis anchas» (pág. 124). «Tú sabes—le escribía—en otra ocasión que la amistad es mi única forma de expansión afectiva, y la charla mi sola forma de producción intelectual» (pág. 153).

Cuando estuvo en Madrid, no se encontró con ningún amigo chileno. Poco antes de venirme—le manifestaba a su hermano Julio—trabé amistad con otro compatriota, Lorenzo Domínguez, joven artista muy inteligente que, después de diez años de residencia en España, acaba de regresar a Chile. Tú tendrás allá oportunidad de conocerle, pues nos ha prometido visitarte. El te dará mayores noticias de nosotros. Conocí, pues, todas las amarguras de la soledad forzada (Yo he sido siempre un gran solitario y busco la soledad como medio de expansión interior, pero me desespera la soledad que me imponen las circunstancias y que no puedo romper a mi albedrío» (pág. 153 y 154).

Jamás pudo ponerse a tono con el ambiente mediocre de la vida social; se asfixiaba con el aire frívolo y petulante que en ella se respira; él se sentía mejor en la intimidad de sus po-

cos amigos, allí en esa atmósfera encontraba alivio y eran menos anhelosos sus pulmones lacerados por el asma. Con fina psicología retrata, en diversas páginas del epistolario, la liviandad del ambiente mundano: a los veintisiete años estampa un juicio sobre el veraneo de Viña del Mar, que por su gracia y perfección de estilo es digno de una antología de literatura española (pág. 85).

Tenía tan triste idea de la sociedad, que por instinto se apartaba de ella e iba a refugiarse en el grupo escogido de sus amigos, donde siempre encontró comprensión y afectos sinceros. Allí, en el fervor de la charla íntima, era donde Vicuña ejercía, sin pretenderlo, con suma sencillez, el magisterio de la crítica literaria. El confesó a su hermano Julio: «tú sabes que la amistad es mi única forma de expansión afectiva y la charla mi sola forma de producción intelectual» (pág. 153).

A través de las páginas de la correspondencia publicada, en el tono familiar y simpático de la epístola, se revela el autor un crítico aristarco, de los mejor dotados de nuestra literatura, a pesar de que, en vida, quiso esconderse en la concha de nácar de su ingénita modestia, como ruborizado de que alguien pudiera descubrirlo. En esta labor encuéntrase muchas de aquellas condiciones que exige al exégeta literario Detmar Heinrich Sarnetzky: «Lo que hay que exigir del crítico es que sea, ante todo, una personalidad, que refleje con el mejor de los conocimientos y sin reserva alguna sus impresiones subjetivas, que las defienda con voluntad vigorosa por su propia convicción y no para dar gusto o molestar a nadie, que mantenga viva en su interior la llama de la capacidad de entusiasmo, pero sabiendo refrenar sus pasiones, que no se convierta en una máquina crítica, que no escriba ateniéndose servilmente a los gustos del público, sino que procure atraer y elevar a éste hacia sí, pues el público, si procede como aquí decimos no tardará en advertir en él una personalidad certera y dotada de una voluntad fuerte e indomable. Este crítico que sólo se preocupe

de los intereses del arte será el que más se acerque a la meta de la valoración objetiva a base de la honradez de sus opiniones subjetivas. Tanto el elogio como la repulsa deberán apoyarse en buenas razones. También los juicios críticos negativos cuando se apoyan en bases serias, envuelven una crítica constructiva y crean conocimientos nuevos». (3)

Oswaldo Vicuña Luco, era una personalidad; para aquilatarla basta leer algunas de sus cartas. El sostenía con poderosos argumentos y voluntad firme sus puntos de vista literarios; si alguien duda, lea en la página 212 y siguientes aquella magnífica defensa que hace de la pureza clásica de nuestra lengua; fué ésta una larga disputa que puso fin a una antigua amistad. Oswaldo Vicuña, para probar cómo los más recios valores de las letras españolas y francesas se han ajustado y se ajustan a los cánones gramaticales, cita autores, hace comparaciones y concluye que Anatole France y Valera; Azorín y Pérez de Ayala; Teodoro Banville y Enrique Massis; Carlos Maurras y Gide son escritores académicos: «Fuerza será concluir entonces, que el epíteto «académico» tiene también, aparte del enunciado, un significado distinto y que debe ser honroso, cuando se lo aplican a escritores como los mencionados, otros que los apreciaban bien y les rendían admiración» (pág. 221). Termina pidiéndole a su contendor que le conceda al menos que «es un escritor a nativitate, si bien in partibus infidelium» (pág. 228).

Eran sus profundas convicciones, «expresadas en forma privada» y por lo mismo «no para dar gusto o molestar a nadie». La única preocupación de este crítico, desconocido, eran los intereses del arte y por eso «se acercó a esa meta de la valoración objetiva, a base de la honradez de sus opiniones subjetivas».

Son poquísimas las cartas en las cuales no emite algún

(3) *Filosofía de la ciencia literaria*. Fondo de Cultura Económica. Panuco, México, pág. 508.

juicio crítico certero, con esa encantadora sencillez y humildad de quien escribe sin pensar jamás que el público pudiera conocer sus opiniones.

He leído con avidez aquellas epístolas en las cuales analiza, con su fino y agudo sentido de lo bello, el libro «Le Salón de Madame Armand Caillavet» (pág. 185) y la obra de Rodó. En esta última repara el error en que incurrió otrora, desdenando como estilo pasado de moda el del autor de «Motivos de Proteo» (pág. 282). Con el mismo interés leí los estudios que dedica a Eduardo Solar Correa y a Jacinto Benavente (págs. 350, 357 y 380), el examen que hace de la obra del dramaturgo castellano revela, en Vicuña Luco, un conocimiento claro de la técnica del teatro y del alma del autor español.

Conocedor como ninguno de sus contemporáneos, por experiencia personal, de las condiciones que debe reunir un verdadero crítico literario, admiraba con justicia, a Eduardo Solar Correa y a Hernán Díaz Arrieta (Alone) como los más altos representantes de la crítica entre nosotros. Respecto a este último, Ramón Pérez de Ayala coincide con Vicuña. «Respecto a Alone dice el escritor hispano—pienso que ha habido y hay escasos críticos que se le comparen o superen».

Escéptico en muchas verdades de la Religión Católica, pasa por alguna de sus páginas una racha de paganismo que contrasta con la inmaculada pureza de su vida.

Lo que más seduce en este Epistolario es el desinterés que el autor demostró siempre en el cultivo de las bellas letras. Alguien le instó a que colaborara en diarios y revistas, para que obtuviera por ellos alguna recompensa pecuniaria; pero esta idea sublevó a Osvaldo Vicuña; y aun cuando estaba económicamente muy necesitado, le parecía que, escribir «a plazo fijo, de mala gana y en vista de la paga», era «como el fracaso de todos los ensueños desbaratados y reducidos a añicos por una cruel imposición de la necesidad, que, como tú dices, tiene cara de hereje. En realidad yo no he pensado nunca—prosigue

él—en la abundancia, en la riqueza: me basta con la seguridad del pan» (pág. 296 y 297).

Nuestro autor era un Quijote al ciento por ciento, y en realidad, como dice Miguel de Unamuno, en su vida de Don Quijote y Sancho: «Para Sancho la locura de su amo cifrabase tan sólo en dejar la fortuna por la gloria y así son los Sanchos todos; tienen por cuerdo al loco que con su locura prosperó en bienestar y suerte, y estiman loco al cuerdo a quien su cordura le impidió cobrar fortuna. Sancho quería amar y servir a Dios por lo que pudiese; el puro amor no cupo en él» (4).

Vicuña Luco, era más Quijote que el mismísimo Don Quijote, porque ni siquiera ambicionaba «gloria»; jamás se le ocurrió que el cultivo de las letras pudiera reportarle fama y honores; él se consagró a estas disciplinas con sincero desinterés «por puro amor», sin otra ambición que procurarle deleite a su espíritu fino y sagaz.



«SOBRE LA PIEDRA», elegías de Ricardo Marín.—Morales Ramos.
Editor

Conocíamos de Ricardo Marín algunos fragmentos de «Oda Mayor», libro de poemas antifacistas, llenos de poesía vigorosa y con acentos épicos, sostenidos, soslayando el mal gusto general, cánceres de muchos vates actualizados y perennes rimadores del evento mundial. Marín demostraba un serio afán de marginar lugares comunes, resuelto a ir con trémulo corazón hacia el objeto de su canto, cosa que conseguía con un esfuerzo honesto de trabajador infatigable del idioma. Porque eso se revela Marín; un obrero perseverante que trata de estrangular la frase manida,

(4) *Vida de Don Quijote y Sancho*, por don Miguel de Unamuno. 2.^a Ed. pág. 120.